

Transformaciones en el perfil de investigador en ciencias sociales: del intelectual clásico al académico moderno

*Transformations in the social sciences researchers' profile: from
classical intellectuals to modern academics*

*Transformações no perfil do pesquisador em Ciências Sociais: do
intelectual classico ao acadêmico moderno*

Ricardo Pérez Mora¹

Cynthia Paola Fuentes Hernández²

Resumen: Los cambios que se presentan en los contextos sociales, políticos y económicos, tienen efectos en el rol que desempeñan los individuos ante las estructuras en las que se desempeñan, de tal manera que sus funciones y actividades llegan a ser transformadas. El presente documento se sostiene en una reflexión sobre los cambios en los sujetos responsables de la producción y movilización del conocimiento en las ciencias sociales. La metodología se sustentó en la revisión, desde un punto de vista socio-histórico, de algunos aspectos que impactan las formas de producción de conocimiento en los investigadores, para lo cual se llevó a cabo la construcción de dos tipos ideales con fines analíticos: el intelectual clásico y el académico moderno. El primero como sujeto libre, pensante, autónomo y con un fuerte compromiso social y político, el segundo, que adopta un rol subordinado, burocratizado e institucionalizado al interior de las universidades. El texto aporta algunas reflexiones sobre el perfil que deben impulsar las políticas y estrategias de mejora y profesionalización, especialmente las estrategias de formación de investigadores.

Palabras clave: Educación superior. Intelectual. Formación de investigadores. Académico. Conocimiento.

¹ Abogado, Maestro en Planeación de la Educación Superior y Doctor en Educación por la Universidad de Guadalajara (UdeG), con posdoctorado en el marco del programa de fortalecimiento del posgrado CONACyT 2008-2009. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel 2 por CONACyT, México. Profesor Investigador "Titular C", adscrito al Departamento de Políticas Públicas CUCEA UdeG. Líder de la Red de Estudios Sobre Instituciones Educativas RESIEDU y co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO "ciencia social politizada". E-mail: ricardo.perez@cucea.udg.mx; ORCID: orcid.org/0000-0002-1853-3580

² Estudiante de doctorado. Universidad de Guadalajara. México. Correo institucional paola.fuentes@alumnos.udg.mx

Abstract: Social, political and economic changes have effects on the role played by individuals in the structures where they work in such a way that their functions and activities are transformed. This paper is based on a reflection on the changes in the topics responsible for knowledge production and mobilization in social sciences. From a social and historical perspective, the methodology was based on the review of some aspects that impact the forms of knowledge production in researchers, for whom two ideal types were constructed for analytical purposes: the classical intellectual, who is a free, thinking and autonomous individual with a strong social and political commitment, and the modern academic, who adopts a subordinate, bureaucratized and institutionalized role within universities. The reflections provide some thoughts on the profile that should drive policies and strategies for improvement and professionalization, especially researcher training strategies.

Keywords: Higher education. Intellectual. Research training. Academic. Knowledge.

Resumo: As mudanças que ocorrem nos contextos sociais, políticos e económicos têm efeitos sobre o papel desempenhado pelos indivíduos nas estruturas em que trabalham, de tal forma que as suas funções e atividades são transformadas. Este documento baseia-se numa reflexão sobre as mudanças nos temas responsáveis pela produção e mobilização do conhecimento nas ciências sociais. A metodologia baseou-se na revisão, de um ponto de vista sócio-histórico, de alguns aspectos que influenciam as formas de produção de conhecimento nos investigadores, para os quais foi realizada a construção de dois tipos ideais para fins analíticos: o intelectual clássico e o académico moderno. O primeiro como sujeito livre, pensante e autónomo com um forte compromisso social e político, e o segundo, que adopta um papel subordinado, burocratizado e institucionalizado no seio das universidades. O texto fornece algumas reflexões sobre o perfil que deve orientar as políticas e estratégias de melhoria e profissionalização, especialmente as estratégias de formação de investigadores.

Palavras-chave: Ensino superior. Intelectual, Formação em investigação. Académico. Conhecimento.

Introducción

A lo largo de la historia siempre han existido sujetos pensantes y generadores de ideas que permean la sociedad, quienes al igual que cualquier individuo, dependen en gran medida de las condiciones históricas y sociales en que se constituyen. Estos individuos -intelectuales, científicos, pensadores o académicos-, asumen un rol social que ha cambiado de acuerdo a su tiempo y a su contexto, y utilizan diversos mecanismos formales o informales para su formación y para perpetuar sus ideas y pensamientos a las nuevas generaciones.

En la actualidad una de las principales características de estos individuos es que, a diferencia de otras épocas, tienen un vínculo mayor con instituciones sociales. Desde su etapa de formación el intelectual moderno se inserta en un proceso de escolarización ya sea para formarse como escritor, artista o científico. Su transición a la vida laboral está también destinada a integrarse a instituciones formales. El intelectual clásico ha transitado de ser un individuo que gozaba de un mayor grado de autonomía con respecto a las instituciones, a ser un individuo que se forma en la escuela y trabaja en organizaciones burocráticas.

Esta transición ha generado cambios en el perfil de los investigadores. Se trata de una transición compleja en la que intervienen diversos factores sociales, geopolíticos, organizacionales y subjetivos, por lo que un reto que consideramos necesario abordar es poner sobre la mesa de discusión el perfil de investigador en ciencias sociales que es necesario para enfrentar los retos actuales.

En este contexto, el presente documento tiene la intencionalidad de analizar y discutir algunas tensiones y desafíos que enfrentan los investigadores en Ciencias Sociales. Se parte de la idea de que los cambios derivados de una transición en la organización de la ciencia en su proceso de institucionalización han generado nuevas formas de producción de conocimiento en los investigadores. Con el paso del tiempo el escenario se ha vuelto cada vez más complejo, aspectos sustanciales han modificado la praxis del quehacer investigativo para esta área; en la que intervienen elementos éticos, políticos, sociales e institucionales. La metodología se sustentó en la revisión, desde un punto de vista socio-histórico, de algunos aspectos que impactan dichas formas de producción de conocimiento en los investigadores a

partir de la construcción analítica de dos tipos ideales: el intelectual clásico y el académico moderno.

Estas reflexiones nos llevan a la discusión sobre el perfil de investigador necesario en la actualidad en las ciencias sociales, espacio que concentra a los sujetos responsables de la articulación del conocimiento con la sociedad, vínculo que comprende tanto elementos teóricos como prácticos (HABERMANS, 2008).

En principio el texto presenta un abordaje referente a la caracterización de los intelectuales, sus funciones y la conceptualización del término. Posteriormente, se incorpora un apartado que distingue las transformaciones en las instituciones de educación superior, haciendo hincapié en los esquemas de transición a los que se someten los intelectuales para configurar lo que hemos llamado el “académico moderno”, tomando como referentes aspectos como el de calidad, evaluación, burocracia, entre otros; estos mismos se han ido posicionando, de tal forma que los intelectuales han atendido los indicadores para mantener garantías de legitimidad formal mediante títulos y parámetros de credencialización, los cuales les permiten aspirar a una mejor retribución económica y/o puestos administrativos al interior de las universidades, obtención de financiamiento en proyectos de investigación, etc., a pesar de que con ello su autonomía y libertad se vean reducidas.

Finalmente, se presentan las tensiones a las cuales son sometidos estos sujetos que se ven en la necesidad de optar por elementos de un perfil académico moderno o por elementos del intelectual clásico, todo ello en el contexto actual en el que son impulsados a cumplir con las condicionantes establecidas por las instituciones educativas o gubernamentales en las que se desenvuelven. A partir de ello se generan algunas reflexiones sobre el perfil que deben impulsar las políticas y estrategias de mejora y profesionalización, especialmente las estrategias de formación de investigadores.

El clásico intelectual: conceptualización y funciones

Los denominados intelectuales han existido a lo largo del tiempo, se han manifestado de distintas maneras, sus aportaciones varían de un lugar a otro, y la percepción social de estos grupos es heterogénea, tanto en las sociedades clásicas

como en las modernas. Sus funciones y actividades se han visto modificadas y reestructuradas con el paso del tiempo, lo que implica que no existe un consenso sobre su definición, sin embargo sí es posible encontrar ciertas pautas que nos acerquen a su descripción y caracterización.

El término de “intelectuales” desde sus inicios ha sido relacionado con el concepto “*intelligencia*”, a partir del cual se ha hecho referencia a los sabios, pensadores, filósofos, académicos, metafísicos o literarios. Entre los autores que se han dado a la tarea de discutir el término, se encuentra García (2019), quien percibe al intelectual como un generador de ideas, teorías y conceptos que añaden valor al conocimiento general, y mantiene una función vital en la cultura de la sociedad. Por su parte, Baca (1998) indica que en cada época histórica han existido el interior de las sociedades, representantes del poder ideológico, vinculando la separación de la ciencia mundana con la del estudio formal del hombre y de la sociedad. Bolívar (2002) considera que los intelectuales cuentan con una capacidad de reflexión son individuos que nunca parecen estar satisfechos con las cosas, ponen en duda la verdad actual, y se presentan como guardianes de normas morales que son ignoradas en el mercado y los recintos gubernamentales.

Estos individuos se encuentran en un estado continuo de búsqueda del conocimiento y su movilización, generan aportaciones que se basan en la comprobación, la ética y la credibilidad; desarrollan sus capacidades del pensamiento, van más allá de solo emitir juicios y al establecer sus posturas en determinados temas se llegan a convertir en agentes ideológicos con fundamentos basados en el análisis reflexivo.

Bobbio (citado en BACA, 1998, p. 44) en sus contribuciones, realiza una clasificación con tres criterios para identificar quiénes son los intelectuales: 1) diferenciar entre aquellos que realizan el trabajo manual y quienes realizan un trabajo intelectual; 2) distinción entre los tipos de trabajos intelectuales; y 3) acepción intermedia referida sobre los quehaceres del intelectual. En este sentido, no hay garantía de que aquellos que no realizan un trabajo manual han de ser intelectuales, o de que sólo los estudiosos apliquen habilidades del pensamiento o del razonamiento.

Por otra parte, Gramsci manifiesta que el intelectual debe mantener un rol activo y propositivo en la vida diaria, “como constructor, organizador, y persuasivo permanentemente, no como simple orador” (2009, p. 14). Se trata de mantener una participación social con la cual logre inmiscuirse en los aspectos sociales, económicos y políticos en el contexto en el que se desempeña; la finalidad sería integrar un conocimiento especializado, pero también de trascendencia política.

Entre las funciones múltiples que les atribuyen, se encuentran incitar, fomentar, persuadir, aconsejar, convencer, educar y mal-educar, liberar y oprimir, estimular y desestimular, y también hacer reflexionar; “la función de los intelectuales se encuentra relacionada con todo aquello que se puede hacer con las ideas” (BACA, 1998, p.35). Estos individuos podían ser miembros de cualquier profesión, ya que no es el conocimiento técnico lo que los convierte en intelectuales, sino su constante convicción de pensar, crear e imaginar nuevas ideas. De ahí emana una de las cualidades del intelectual, ser un individuo culto e instruido, que incide en el pensamiento crítico - analítico, con respecto al entorno que lo rodea.

En este sentido, un hecho importante es que el intelectual existe y se constituye en una interacción con el tiempo y su contexto, y en este marco, han afianzado paulatinamente una relación estrecha entre los campos políticos, sociales y económicos. De acuerdo con Baca (1998), impregnaron los ámbitos educativos, políticos, sociales, culturales y económicos; además estos individuos mantienen una fuerza ideológica cuando logran agruparse, influenciando en las conductas o comportamientos sobre los demás, persuadiendo a miembros de una sociedad para llevar a cabo alguna acción intencionada.

Lo anterior nos lleva a la función política que desempeñan, en la cual se encuentran dos posturas opuestas (GRAMSCI, 2009; ALTAMIRANO, 2013). Un conjunto se orienta por una mejora social, beneficiando a la comunidad en la que se desenvuelven, obteniendo quizá un incremento en el número de seguidores o de reconocimientos. El otro conjunto es aquél al que pertenece un grupo sectorial de élite muy reducido en busca de sus propios intereses -posiblemente económicos-, con mayor poder adquisitivo y quizá político. Distinciones que sin duda siguen vigentes después de décadas transcurridas.

Sin embargo, cualquiera de los dos posicionamientos coincide en la existencia de una jerarquía social distintiva entre los individuos que participan en estas conglomeraciones y el sector promedio de la población. Los intelectuales siguen siendo sujetos de una élite selecta distinguida por su capacidad cognitiva, las aportaciones analíticas y reflexivas, llegan a empoderarse del conocimiento y de los saberes, manteniendo una influencia ideológica.

Ahora bien, si analizamos los destinatarios de sus productos intelectuales, encontramos que sus aportaciones van dirigidas a dos categorías de espectadores (ALTAMIRANO, 2013). El primero es representado por aquellos otros miembros de su mismo medio, sean colegas, pares, colaboradores, quienes al final están dentro de su círculo base y es un auditorio mínimo que comprende su lenguaje. El segundo hace alarde a ese público existente más profano, quizá con un lenguaje más rústico o burdo, pero también mucho más amplio en cuanto al número de miembros que le conforman, y otorgan mayor resonancia a su palabra con respecto a las ideas que generan.

En lo que respecta a las formas y mecanismos para la formación de los intelectuales encontramos que anteriormente era menor el peso de las estructuras formales destinadas a esta tarea. Muchos intelectuales destacados incluso se formaron, de manera autónoma y autogestiva, y construían y generaban sus propios mecanismos de aprendizaje y generación de conocimiento. Sin embargo, también encontramos que en distintas épocas se han creado mecanismos formales para su formación. La idea de formar hombres sabios y pensantes data desde la escuela de Pitágoras, escuelas en Atenas y Alejandría, sin embargo una gran diferencia, en relación a la formación actual, es que en estas instituciones no se entregaban títulos o documentos que garantizaran el conocimiento en los aprendices, ya que lo trascendental se encontraba en la búsqueda y la adquisición de saberes, la explicación de lo desconocido, y por supuesto el incremento del conocimiento (TÜRNNERMAN, 2003).

Se puede visualizar, cómo en un inicio los intelectuales buscaban dar respuesta a sus inquietudes personales y los movía un interés por el conocimiento. Sus orientaciones no eran un asunto específico y gozaban de mayor autonomía; profundizaban en temáticas diversas, y aunque los análisis de fenómenos variaron

en cuanto al método y el procedimiento una constante que encontramos en ellos era su compromiso social y político.

Transformaciones en las condiciones de los académicos modernos

La globalización trajo consigo alteraciones al mundo contemporáneo, entre las que se encuentran el nuevo rol atribuido a las universidades en la generación y movilización de conocimiento científico y tecnológico, lo que ha repercutido significativamente en la gestión y la operabilidad de las universidades, lo que a su vez ha tenido un importante impacto en la reconstrucción e incorporación de nuevas formas en la organización de los intelectuales.

De acuerdo con Acosta (2002), la década de los 90s estuvo dominada por la coexistencia de un paradigma *modernizador*, transformando las políticas públicas de la educación superior y un modelo emergente que puede denominarse como *globalizador*. Siguiendo esta idea, Didriksson (2008) afirma que durante las últimas décadas los principales cambios ocurridos en las instituciones de educación superior, han sido: su diversidad, su expansión en la matrícula, mayor necesidad de la investigación científica, el dominio de las nuevas tecnologías, la mercantilización de la educación, ampliación en la oferta educativa, y la internacionalización. A ello hay que agregar la instauración de políticas reguladoras, los programas de estímulos para el personal docente, la necesidad de formar al personal académico en posgrados, así como la incorporación de los nuevos enfoques de evaluación que garanticen legitimidad en el quehacer investigativo.

Entre estos procesos de cambios se encuentra el aumento de la competitividad entre universidades para llegar a estar dentro de los rankings internacionales, así como mantener un estatus de “World-class university”. Estas dinámicas impulsan la necesidad de introducir mecanismos de investigación, internacionalización, la certificación de programas, etc.; imperativos que tienen sus efectos en la comunidad educativa, ya que se someten a presiones personales, llegan a sacrificar aspectos de su vida personal, incluso factores laborales llegan a repercutir en su salud.

En este sentido Derek Bok (2008) argumenta que los valores académicos (libertad académica y autonomía institucional), son un tanto restringidos, limitados

o condicionados en las universidades. Las instituciones universitarias priorizan las lógicas de evaluación e indicadores de calidad, ligadas a aspectos de financiamiento, dejando por un lado, en muchos de los casos, la transferencia y generación del conocimiento y la responsabilidad social, entre otros.

En este contexto, para los académicos modernos las exigencias institucionales han incrementado significativamente. En torno a un fuerte discurso que busca el aseguramiento de la calidad educativa se han generando nuevas exigencias que tienen fuerte incidencia en la investigación y los investigadores, como la obtención de títulos en maestría y doctorado, la necesidad de incorporarse a redes nacionales e internacionales, así como contar con publicaciones y/o ponencias constantemente, pertenecer a un cuerpo académico, etc. El paradigma de universidad de clase mundial demanda nuevas formas de hacer investigación, extensión y docencia para los académicos. Estos esquemas promueven que las universidades coloquen en sus políticas institucionales estas exigencias académicas y credencialistas para el personal académico.

Es así que la universidad asume un rol central en la promoción de la investigación, institución que, de manera monopólica, concentra la gran mayoría de los intelectuales, quienes en este proceso han sufrido cambios radicales en cuanto a su naturaleza y funciones. Sin la intención de reducir la complejidad de esos cambios afirmamos que una de sus principales formas de caracterizarlos es a través de hacer evidente la transición del intelectual clásico al académico moderno, fuertemente burocratizado.

Zabludovsky (2009) indica que el crecimiento de la burocracia logra generar una enorme demanda de profesionistas, que cuentan con documentos que validan su capacidad y conocimiento, cuyos títulos de especialización se asocian a las posibilidades de obtener una ganancia remunerable, al acceso de puestos que aseguran salarios y pensiones, la aceptación social y el prestigio derivados de la preparación y especialización requerida para el puesto ocupado. Los académicos no se escapan de estas lógicas y desarrollan sus trayectorias en el marco de mecanismos contractuales, salariales y de regulación altamente burocratizados. Los esquemas de control de calidad emergentes en la administración, se han trasladado a la gestión en el área educativa, por lo que los académicos enfrentan al control de calidad como

una carga burocrática y una interferencia ilegítima de las políticas y la administración central en sus funciones.

En este contexto, las actividades del intelectual clásico se ven ampliamente transformadas y controladas por las reglas de operación impuestas en las políticas gubernamentales, sobre todo en América Latina, generando un nuevo perfil de académico moderno. Estas nuevas reglas generan efectos no deseados en los propios sujetos, entre los que se encuentran, la reducción de su libertad académica derivada de un aumento de regulación y restricciones a su labor, en un proceso en el que aumentan las estrategias de evaluación ligadas al financiamiento. De este modo “los intelectuales académicos, insertos en las universidades, se encuentran en condiciones de producción intelectual constreñidas por mecanismos cada vez más rigurosos de regulación y control” (PEREZ MORA, 2011, p.29). En este sentido, los requerimientos actuales han generado nuevas formas de control a las que los intelectuales poco a poco se someten. Estos esquemas incluyen las exigencias por una mayor escolarización y otras demandas credencialistas (COLLINS, 1989), de tal manera que esto les permita acceder a un mejor posicionamiento económico, a pesar de que su autonomía y libertad académica se vean reducidas (CASTAÑEDA, et al., 2019).

El académico moderno enfrenta la configuración y reconstrucción de una nueva cultura científica, la cual comprende un conjunto de interpretaciones, creencias, significados, sentidos, experiencias e ideas que configuran las formas de trabajo individuales y colectivas sobre la ciencia, sus métodos y prácticas. Estas transformaciones conllevaron una serie de ajustes, reorganizaciones y conciliaciones entre los pares del mismo gremio, dando paso a nuevas estrategias y tácticas de sobrevivencia en la comunidad científica-académica.

Los académicos modernos en su mayoría logran agruparse en las universidades y en los centros de investigación, asimismo se han adecuando a las exigencias gubernamentales de tal manera que luchan por cumplir en tiempo y forma con los requisitos que les son impuestos, a cambio de distintos estímulos, beneficios y compensaciones¹. Su público o espectadores se limita a colegas o estudiantes inmersos en el ámbito, y sus puntos de encuentro son lugares específicos para compartir los nuevos conocimientos y hallazgos científicos, para lo cual

establecen espacios de interacción en los cuales se excluye a la población usual. Además se reconoce la existencia de una gran diversidad, heterogeneidad y formas de distinción entre ellos mismos, ya sea por disciplina, por su expertise, por sus métodos y tradiciones de investigación, por sus trayectoria generacional, entre otras.

Entre las actividades que requiere el académico moderno, se encuentra la de comprobar y asegurar que está dotado de capacidades investigativas, constantemente se ve en la necesidad de publicar en ciertas revistas de prestigio, participar como ponentes y demostrar sus contribuciones ante pares; asimismo llegan a someterse a diversas evaluaciones para poder obtener la validez que otorgan las instituciones encargadas de la ciencia y la tecnología.

Finalmente, la construcción de estos dos tipos de sujeto responsable de la producción y movilización del conocimiento, el intelectual clásico y el académico moderno, nos llevan a preguntarnos por las tensiones que se generan en los académicos cuando tienen que optar entre uno y otro. El primero se identifica con un hombre culto iniciado en tiempos antiguos gustoso por la búsqueda del conocimiento y comprometido social y políticamente con su contexto y su época. Sin embargo, la propagación de la burocracia se ha introducido en todas las instancias educativas, ya sean públicas o privadas, transformando de manera radical las reglas del juego (WEBER, 1922/2019, citado en BRUNNER), contexto en el cual se fue conformado el académico moderno, el cual se caracteriza como un tipo de hombre que juega con las reglas de la modernidad, especializado y profesionalizado de manera escolarizada y que realiza sus labores en una organización burocratizada. Por lo que las condiciones del académico moderno para la producción del conocimiento se ven controladas, reguladas y condicionadas. En el siguiente apartado se realiza un ejercicio de identificación de las tensiones que se generan en los académicos ante esta disyuntiva, poniendo énfasis en particular en el caso de los investigadores en ciencias sociales.

Tensiones y desafíos que enfrenta la definición de un perfil de investigador en ciencias sociales entre el intelectual clásico y el académico moderno

Los cambios que ha sufrido el rol del intelectual se traducen en una serie de tensiones que enfrentan los sujetos dedicados a la producción y movilización del conocimiento. Con fines analíticos prácticos distinguiremos entre dos perfiles, que a manera de tipos ideales se constituyen como el intelectual clásico y el académico moderno. Las tensiones que se generan impactan no solo en los sujetos, sino también en la definición del perfil que se debe privilegiar en la formación de investigadores y en general en las políticas de profesionalización de estos actores.

Entre la libertad académica y la burocratización

Una de las principales tensiones que enfrenta el investigador en ciencias sociales se genera en relación al reto de fortalecer por un lado su libertad académica y por otro la necesidad de contar con un respaldo y certeza laboral y económica. Se sabe que cada vez son menos los intelectuales independientes o autónomos que realicen su labor al margen de una institución u organización. Esto se debe, en gran medida, a la necesidad de una estabilidad económica, la obtención de recursos materiales, y el posicionamiento entre pares, que otorga el hecho de tener una adscripción institucional. La tensión que se genera entre elegir por un lado la libertad académica e intelectual y por otro, la seguridad laboral y económica, tiende a llevar a los investigadores inclinarse hacia esta última, ya que “el peso de los incentivos es mayor que el peso de la autonomía” (MIRANDA GUERRERO, 2005).

La gran mayoría de los investigadores que se integran a una organización que los respalda laboral y económicamente, continúan con esa lucha por su autonomía desde el interior de un contexto regulado y burocratizado. En este contexto enfrentan nuevas tensiones derivadas de la cantidad de trámites, formularios, y elementos que obstaculizan la práctica investigativa. Las exigencias institucionales se agudizan cada vez más, debido a que el recurso financiero se encuentra en juego, y bajo esta lógica los académicos enfrentan nuevas tensiones entre responder a todas estas exigencias burocráticas o dedicar su tiempo y esfuerzo a las tareas propias de generación y movilización de conocimiento.

Tensiones derivadas las nuevas configuraciones del tiempo y del espacio

El avance en las tecnologías de la información y los medios de comunicación han generado un mundo cada vez más interconectado, y entre las consecuencias que esto ha tenido en los investigadores, se encuentra el hecho de que, por un lado, se han expandido las fronteras espaciales y, por otro, se han acortado las temporales. Los intelectuales clásicos impactaban en un rango espacial menor y la difusión y diseminación de sus ideas era más lenta. Actualmente la velocidad de propagación de la información, las ideas y el conocimiento ha llegado en muchos casos a la inmediatez y prácticamente las fronteras espaciales se han borrado gracias al internet.

En este contexto, los nuevos investigadores requieren habilidades y competencias que les permitan comprender este mundo globalizado, sin perder de vista el contexto y las necesidades de su entorno inmediato que les permitan intervenir en él. Los investigadores necesitan estar formados para impactar localmente sin perder la visión global. La apertura de los investigadores a los ámbitos local y global les representa nuevas exigencias para enfrentar un escenario cada vez más competitivo, tanto en aspectos locales relacionados con cuestiones contractuales y formales para obtener una plaza, para lograr incentivos extra salariales u obtener una definitividad, como en los aspectos globales propios de la producción de conocimiento, como son el reconocimiento de los pares, la aceptación de sus productos en las revistas o medios de difusión de prestigio, así como en la incidencia en órganos colegiados, asociaciones o redes que legitiman la actividad científica.

Así como los elementos espaciales representan nuevos retos, la cuestión temporal también ha tenido nuevas configuraciones. El tiempo se ha convertido en una variable central en la producción de conocimiento, para muchos uno de los principales determinantes de presión constante detonadora de tensión y estrés, algo que no existía como tal en el intelectual clásico. Desde la etapa de formación, a través de la escolarización, se sujetan a un currículum formal, un esquema temporal de seminarios y talleres sujetos a calendarios escolares en los que las entregas de los productos están sujetos a plazos cada vez más estrictos. La tesis, como producto integral, al cual se le ha otorgado un lugar central en la legitimación del sujeto capaz de considerarse investigador, está sujeta a plazos cada vez más cortos. De igual manera, fuera del contexto escolarizado, en el campo académico, el investigador se

mueve en el marco de concursos y convocatorias. El “deadline” se ha convertido en uno de los principales determinantes de la agenda de los investigadores, quienes enfrentan una prisa constante por cerrar ciclos, culminar procesos y concretar productos ajustándose a los tiempos establecidos por actores ajenos a él. Formarse como investigador implica, en la actualidad, aprender a gestionar el tiempo, y en este tema lo que está en juego es que la rapidez no se traduzca en un menoscabo de la calidad o profundidad en las tareas de los investigadores, en particular, en la producción de conocimiento.

Tensión entre cantidad y calidad de información

Otro fenómeno importante que enfrentan los investigadores es el crecimiento exponencial de las fuentes de información y conocimiento, así como la diversidad y flexibilidad de los medios de acceso a las mismas.

El clásico intelectual enfrentaba el reto de generar conocimiento en un contexto en el que los textos de referencia, así como los pensadores y sabios que tenían influencia y reconocimiento social eran relativamente pocos y fáciles de identificar. El investigador de ahora se encuentra con una enorme cantidad de revistas, casas editoriales, fuentes electrónicas que son alimentadas por una incalculable cantidad de autores - individuales y colectivos-. Ante este crecimiento exponencial de las fuentes de información y conocimiento, es difícil asegurar si se trata de un aumento de las ideas, o simplemente de una mayor participación de múltiples actores que, a su manera y desde su propia perspectiva, modifican o repiten las ideas en circulación. Lo anterior representa la necesidad de una mayor capacidad de gestión de fuentes de información y de discernimiento para la selección de las mejores, así como habilidades de pensamiento crítico y creativo que les permita cuestionar a los diversos autores, comprender sus aportes, y tener la capacidad de crear modelos, desarrollos, productos o conocimientos útiles para la resolución de los complejos problemas actuales.

En este sentido las voces se multiplican. La figura del intelectual clásico, predominantemente construida en torno a un sujeto individual, ha cedido su paso a nuevos esquemas en los que participan una gran cantidad de sujetos, con diferentes grados de reconocimiento y visibilidad, que son reconocidos como autores o

creadores de conocimiento al haber cumplido con los requisitos de legitimidad que establece el campo. El conocimiento deja de ser una tarea de unos pocos y se va abriendo a una participación cada vez mayor, este fenómeno de expansión se da no solamente al interior de las comunidades científicas, sino también en relación con los actores externos a ellas. Cuestión que se relaciona con el siguiente eje de discusión: la producción de conocimiento como una cuestión de élite o de masas.

El conocimiento como cuestión de élite o de masas

La perspectiva que considera a los responsables de la producción de conocimiento como una cuestión de élite, en la que los sujetos se distinguen de los demás por sus capacidades únicas y especiales, nos sitúa en un extremo de un *continuum* donde el extremo opuesto sería una concepción mucho más democrática y participativa de la relación entre conocimiento y sociedad.

Por un lado encontramos las posturas que consideran la labor de los intelectuales como una tarea altamente especializada, la cual los sitúa al margen de los asuntos mundanos (COLLINS, 1989, p. 199). Por otro lado, encontramos una cierta apertura del concepto de intelectuales. En este extremo se incluyen no solo los investigadores o intelectuales, sino todo miembro de la población que requiere del conocimiento para interactuar y resolver problemas en su vida cotidiana.

Gramsci hacía una distinción entre los intelectuales y el resto de la población. Al hablar de los intelectuales orgánicos los consideraba como actores responsables de generar las ideas necesarias para ciertos estratos de la población. Sus aportaciones han sido blanco de críticas en el sentido de que de alguna manera hacía evidente una visión en la que se atribuye una incapacidad a la generalidad de la población para generar ideas, y por consecuencia la dependencia y necesidad de actores que asuman la función de intelectuales (2009). En cierta medida se trata de una visión elitista del intelectual, en la que el conocimiento se convierte en una herramienta de empoderamiento que legitima y otorga superioridad. Sin embargo, Gramsci también señalaba que, aunque no todos tenemos el rol social de intelectuales, por el hecho de ser actores sociales que interactuamos con ideas, en sentido estricto todo individuo es un intelectual (2009, p. 13).

La cuestión de la élite o la masa se articula así a la cuestión de la función social y política que en el “deber ser” ideal compete a los investigadores, así como a la población en general. La discusión no se queda en definir si más allá de producir conocimiento, les compete o no asumir, una función social y política; sino que se abre a la discusión sobre la tarea que corresponde a los investigadores, para que otros sectores de la población asuman también esa función. En otras palabras la cuestión versa sobre si se requiere formar investigadores para conformar una “élite” que concentra el conocimiento y asume una función social y política, en torno al poder que éste otorga, o caso contrario, el investigador es un intermediario, cuya función social es generar las condiciones para que se logre transmitir ese sentido de responsabilidad social y política a un mayor sector de la población.

Función social y política

Otra de las tensiones que surgen en los investigadores en ciencias sociales es la relacionada con su función social. Surge el dilema sobre si su función social está limitada a la generación de conocimiento o debe ir más allá y considerar su relación con la sociedad y sus estructuras de poder (LAHIRE, 2006; VARSAVSKY, 2010).

De manera ideal las investigaciones han de tener ciertos “usos” o “atender” ciertas problemáticas sociales, sin embargo hay que considerar que movilizar el conocimiento implica un compromiso ético y moral, por lo que involucrarse en las áreas externas al campo universitario genera tensión en los intelectuales. Quizá esta función sea la que aqueja menos a los académicos modernos, pues las cuestiones de legitimidad y posicionamiento se definen al interior de sus estructuras e instituciones que los regulan; lejanas a un público y actores externos que desconocen los procedimientos de legitimación internos.

Sin embargo, si volteamos a ver la historia encontramos, con diferentes matices, que el intelectual ha tenido siempre una función social y política. El rol del intelectual ha estado relacionado con el poder, relación en la que destacan dos anclajes contrapuestos: el primero relacionado con las estructuras que detentan el poder, ya sea como consejero, asesor de los reyes, como parte de la élite eclesiástica o como parte de las estructuras políticas; y el segundo como integrante de las

estructuras disidentes o subordinadas a dicho poder. En ambos casos, de una u otra forma, el intelectual asume una función política.

Esta función política se deriva de la relación indisoluble que existe entre conocimiento y poder: saber significa poder, por lo que es importante poner el foco sobre los usos y direccionalidad que toma ese poder, sobre todo cuando se dirige a cumplir con los intereses de ciertos particulares. La investigación “puede emplearse para manipular la realidad y cambiarla de manera que concuerde con las necesidades e intenciones cualesquiera que sean y como sea que hayan sido definidas y seleccionadas” (BAUMAN y MAY, 2007, p. 203). El conocimiento se convierte en un aliado estratégico para el control, desde el momento en que se preocupa por el orden social, genera interpretaciones sobre el “deber ser” de ese orden social, de los cuales se derivan mecanismos de control para impulsar y garantizar ese orden social, en los que “el control sobre las situaciones no puede significar sino control sobre otras personas” (BAUMAN y MAY, 2007, p. 196).

La cuestión gira en torno a si el perfil del investigador debe considerar un compromiso político, o si su función debe limitarse a la generación de conocimiento neutro, y dejar que sean “otros” los que tomen las decisiones políticas. Para entrar en la discusión debemos partir de discutir la naturaleza “neutral” o “política” de las ciencias sociales. Encontramos así diversas posturas que se inclinan por afirmar que la ciencia, para que sea válida, debe ser “neutral”, lo que implica negar la subjetividad y los valores en la producción de conocimiento y centrar sus esfuerzos en la búsqueda de conocimiento objetivo. Esta neutralidad axiológica se encuentra íntimamente relacionada con una neutralidad política, en la que la ciencia se le reconoce como un puente para el encuentro de los sujetos con la verdad. Desde esta perspectiva se han generado críticas a las posturas politizadas de la ciencia, argumentando que cualquier compromiso político pone al investigador al servicio de alguien, compromisos que se deben evitar para lograr que el único compromiso sea con la generación de conocimiento.

Ante el argumento que defiende la neutralidad de la ciencia, se contraponen el argumento que afirma que la ciencia, por su propia naturaleza, está implicada en cuestiones políticas. Bajo esta perspectiva la ciencia no es una empresa que tiene la ambición de descubrir verdades objetivas, y se reconocen sus limitaciones y

alcances, y lo que produce no es más que un conocimiento provisional y relativo (GUILLAUMIN, 2009; POPPER, 1967). Sin embargo, es un hecho que la ciencia como tal, no ha perdido su influencia para definir la verdad, o por lo menos, las verdades provisionales, más probables o, de mayor consenso en las comunidades científicas, sino que, por el contrario, se ha fortalecido como una de las principales fuentes del conocimiento socialmente aceptado y legitimado. En ello está implicada una importante cuestión de poder. En las ciencias sociales cuestiones como la definición del orden social, la interpretación de los hechos históricos, la definición misma de los problemas sociales y su explicación implican en sí mismas cuestiones de poder. La producción de conocimiento se circunscribe en un sistema de competencia entre las diversas interpretaciones y posturas, en las que unas interpretaciones se contraponen a otras y, al final, inevitablemente algunas -las más poderosas-, triunfan sobre las otras. Es así que las cuestiones políticas están presentes tanto al interior del campo, en la lucha por la legitimación de las verdades aceptadas, como al exterior de él, al momento de trasladar esas verdades al campo social y político. Aún aquellos investigadores que evitan implicarse en cuestiones políticas, su misma decisión - o intención-, de mantenerse “al margen” es ya una toma de postura, que en sí misma tiene implicaciones políticas. Puede por un lado ceder a otros actores el uso político de los conocimientos generados, con los riesgos que ello representa, o lo que es más grave, con la expectativa de generar conocimiento “apolítico”, mantener la ceguera sobre los intereses políticos que su postura justifica o legitima.

Si bien el intelectual clásico se identificaba con un rol social y político, al verse inmerso en un proceso de institucionalización su papel se va transformando de manera estructurada, aunque compleja y diversa. En la actualidad la conciencia y compromiso sobre su función política, se han visto reducidos en un gran sector de los investigadores que se sujetan a las dinámicas burocráticas de la institución a la cual pertenecen. Su apuesta por la generación de una trayectoria al interior de organizaciones, como son las universidades o laboratorios, cambia en gran medida su compromiso social. El foco se transfiere del interés político, al cumplimiento de los fines de la institución utilizando los medios que ella misma establece (ZABLUDOVSKY, 2009).

Conclusiones

La transición del intelectual clásico al académico moderno no es una transición marcada por una línea divisoria en la que el segundo emerge a condición de que el primero desaparezca, sino que se trata una serie de rasgos y prácticas, complejos y cambiantes que el actual investigador comparte y combina de múltiples formas. Es decir, no se trata de perfiles puros y excluyentes, sino que existen diversas posibilidades, lo cual se traduce en disyuntivas que el investigador enfrenta en su actuar cotidiano y ante las cuales debe tomar decisiones.

La coexistencia de elementos aparentemente contrapuestos nos invita a romper con el pensamiento dicotómico y contemplar diversas posibilidades de equilibrio entre cuestiones como la libertad académica en el contexto de estructuras de regulación rígidas y burocratizadas. Nos invita también a actuar en el marco de múltiples configuraciones espacio-temporales que constituyen los nuevos modos de producción de conocimiento. Es preciso aprender a lidiar con grandes cantidades de información y tener la capacidad para identificar, priorizar y seleccionar la más adecuada e importante para los fines que se persiguen. La tarea compleja de los investigadores requiere hacer un ejercicio de apertura y flexibilización de las formas tradicionales de producción de conocimiento en las que se dé paso a nuevas formas de organización, plurales, interdisciplinarias que incentiven la participación de actores de los diversos sectores con el fin de lograr mayores y mejores impactos del conocimiento.

La disyuntiva entre la producción de conocimiento de élite o de masas requiere también ser vista de manera crítica. Es tan necesario, por un lado, seguir formando capital humano de alto nivel preparado para impulsar el desarrollo de la ciencia y en general de la producción de conocimiento, como seguir proporcionando, por otro lado, a la población en general, cada vez mayores niveles de formación ligada a la promoción de una cultura científica y al empoderamiento de los grupos históricamente excluidos a través del desarrollo de sus capacidades y compromisos sociales y políticos. Esto es incentivar la producción y movilización del conocimiento tanto en las así llamadas élites, como en las masas.

Lo anterior está íntimamente ligado al tema de la función social y política tanto en los investigadores como en la población en general. El conocimiento, en particular en las ciencias sociales, está ligado con cuestiones ético-políticas con fuertes implicaciones sociales, por lo que es necesario estar conscientes de esas implicaciones y orientarlas en un sentido positivo en beneficio social.

En estas tareas es importante repensar el rol de los sujetos responsables de la producción y movilización del conocimiento. Para ello tenemos muchas cosas que aprender del intelectual clásico, un sujeto que se desempeñaba con mayores márgenes de autonomía, y que desempeñaba una importante función social y tenía un fuerte compromiso político. Sin embargo, hay que reconocer que el contexto actual es diferente, por lo que es importante identificar los cambios políticos y estructurales que impactaron al interior de las universidades modificando su esencia para funcionar de manera burocrática, cambios que han afectando el rol del intelectual clásico para transformarlo en un académico moderno.

Entre mejor se comprendan los retos, oportunidades, fortalezas y amenazas que representan cada una de las disyuntivas que enfrentan los investigadores en ciencias sociales, entre estos dos perfiles, se tendrán mejores condiciones para tomar decisiones sobre el perfil que deben impulsar las políticas y estrategias de mejora y profesionalización, especialmente las estrategias de formación de investigadores.

Referencias

ACOSTA, A. El neointervencionismo estatal en la educación superior en América Latina. **Sociológica**. 17 (49), 43-72. 2002.

ALTAMIRANO, C. **Intelectuales: notas de investigación sobre una tribu inquieta**. México: Siglo XXI Editores S. A. de C. V. 2013

BACA, O. **Bobbio: los intelectuales y el poder**. México: Editorial Océano de México S. A. de C. V. 1998.

BAUMAN, Z. y MAY, T. **Pensando sociológicamente** (2.^a ed.). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 2007.

BOLÍVAR, R. Un acercamiento a la definición de intelectual. **Estudios políticos**. 30 (6), 123-141. 2002

BOURDIEU, P. **El campo científico**. En **Los usos sociales de la ciencia**. Ediciones

Nueva Visión. Buenos Aires. 1994.

BRUNNER, J.; LABRAÑA, J.; GANGA, F. y RODRÍGUEZ, E. Idea moderna de Universidad: de la torre de marfil al capitalismo académico. **Educación XX1**, 22 (2), 119-140. 2019.

CASTAÑEDA, X.; PÉREZ, R. y GARCÍA, O. La transformación de las políticas de profesionalización de los investigadores y la libertad académica. En **Nuevos retos para la gestión y las políticas de profesionalización de los académicos** (1.ª ed., pp. 33-49). Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 2019.

COLLINS, R. **La sociedad credencialista**. Madrid: Akal ediciones. 1989.

DEREK, B. **Más allá de la torre de marfil (La responsabilidad social de la universidad moderna)**. Buenos Aires: Nobuko.

DIDRIKSSON, A. Contexto global y regional de la educación superior en América Latina y el Caribe. A. Gazzola, y A. Didriksson (editores). En **Tendencias de la Educación Superior en América Latina y el Caribe** (pp. 21-54). IESALC-UNESCO. 2008.

GARCÍA, E. Los intelectuales, ¿quiénes son realmente? *ContraPeso-Educación*. 2019. Recuperado de <http://contrapeso.info/2019/los-intelectuales-quienes-son-realmente/>

GRAMSCI, A. **Los intelectuales y la organización de la cultura**. Buenos Aires: Nueva Visión. 2009.

GUILLAUMIN, G. El relativismo epistemológico visto a través de la teoría del cambio científico de Thomas Kuhn. **Relaciones. Estudios de historia y sociedad**, 30(120), 139-164. 2009.

GUZMÁN, C. Investigar es trabajar. Relatos sobre las condiciones para hacer ciencia en América Latina. A. Basail (coord.). En **Academias Asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización**, (pp. 51-85). Buenos Aires: CLACSO; Tlaxtla Gutiérrez: CESMECA-UNICACH. 2019.

HABERMANS, J. **Teoría y praxis. Estudios de filosofía Social** (5.ª ed.). Madrid: Tecnos. 2008.

LAHIRE, B. Utilidad: Entre sociología experimental y sociología social. En B. Lahire (Ed.), **¿Para qué sirve la sociología?** (1.ª ed., p. 214). México: Siglo XXI. 2006.

MIRANDA GUERRERO, R. **La frustración y la envidia. Política, decisiones y estímulos a la actividad académica**. México. Universidad de Guadalajara. 2005

PÉREZ MORA, R. Profesión académica y nuevas condiciones de producción intelectual. En R. Pérez y I. Monfredini (coords). **Profesión académica, mecanismos de regulación, formas de organización y nuevas condiciones de producción**

intelectual, (pp. 23-34). Universidad de Guadalajara, México. 2011

POPPER, K. **Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico**. Buenos Aires: Paidós Básica. 1967.

TÜNNERMAN, B. **La universidad Latinoamericana ante los retos del siglo XXI**. México: UDUAL. 2003.

VARSAVSKY, O. **Ciencia, política y científicismo**. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010.

ZABLUDOVSKY, G. **Intelectuales y burocracia. Vigencia de Max Weber**. Coedición Anthropos y Fac. CC. Políticas y Sociales, UNAM, México. 2009.

Notas:

¹ A manera de ejemplo se cita el caso de México, donde, al igual que en otros contextos, existe una política de estímulos hacia los investigadores y profesores universitarios, en los que la mayoría de los recursos económicos se vuelven parte y complemento de su sueldo, de los cuales para su acceso se debe cumplir con una serie de requisitos normativos. Uno de los programas es el Sistema Nacional de Investigadores SNI (vigente desde 1984), sus lineamientos para acceso indican contar con nivel doctoral, demostrar capacidad para realizar investigación, haber participado en la dirección de tesis, entre otros. Se puede identificar también el Programa de Mejoramiento del Profesorado Promep (que inició en 1996 y actualmente se transformó en el Programa para el Desarrollo del Personal Docente, Prodep), en él se requiere un *Perfil deseable* que cuente con formación académica preferentemente de doctorado, experiencia de acuerdo al nombramiento, pertenecer a un grupo de cuerpo académico, etc.

Recebido em dezembro de 2021

Aceito para publicação em dezembro de 2021